

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Escritor



Integrismo: razón y delirio

EL integrismo islámico está en alza, como lo demuestran los sucesos de todo este curso que termina. Si afirmamos de repente que el integrismo islámico es —hoy— fruto del colonialismo, sin duda parecerá exagerado.

Pero veamos someramente que no lo es: Las potencias colonizadoras —Francia e Inglaterra, sobre todo— al dominar países, relativamente anclados en la Edad Media (uno de los dramas de la cultura islámica es su escasa evolución interior) instituyeron, de modo explícito o subliminal, que islamismo era equivalente a retraso, y que si tales países se veían así (pobres, vencidos, dominados) se lo debían a la innata parálisis de su religión y *modus vivendi* consecutivo.

El Islam era, de acuerdo con este esquema, antiguo, obsoleto, bárbaro, y había que ir hacia la modernidad occidental, representada —claro es— por aquellas potencias colonizadoras.

VIA CONTRAPRODUCENTE.— Así que los gobiernos metropolitanos comenzaron a crear (entre sus colaboradores, y gentes de nobleza o dinero) una élite formada en la metrópoli —hablan perfectamente inglés o francés— enamorados de una vida occidental, y consiguientemente (aunque expresen amor a su país natal) convencidos de la necesidad de modernizarlo, que para ellos significa —absolutamente— occidentalizar.

Ese fue, por ejemplo, el camino de Kemal Attatur, en la Turquía postotomana, o el del Sha Reza Pahlavi de Persia.

Ese fue el camino de Bourguiba en Túnez, y el de casi todos los líderes independentistas del Magreb.

Querían respetar —nominalmente— la cultura tradicional islámica, pero la sentían en contradicción profunda con el entendimiento de lo moderno.

El drama de esta élite parisinizada o britanizada es que —llegados al gobierno o al poder— no supieron o no pudieron llevar a puerto su idea (más o menos declarada) de occidentalizar.

Todos creían en su corazón que el Islam era viejo y regresivo, pero no acertaron o no les dejaron hacer. Esos países (Argelia, Egipto, Tunicia) cayeron en dictaduras personalistas o pseudosocialistas, y el proletariado siguió en la

pobreza, mientras la burguesía (corta en número) se occidentalizaba más cada vez.

Y en esa situación de glorificación de lo occidental y pervivencia del atraso y la miseria, surge el fundamentalismo, como un deseo (teñido de religión fanática, vengativo casi) de *volver a lo propio*.

El fundamentalismo es una manera árabe del nacionalismo. En países más o menos bilingües, con una clase dirigente enamorada de París o Londres, lectores cultos de Pascal Quignard mejor que de Mohamed Choukri, el integrismo es un deseo —ese pertinaz anhelo nacionalista— de reencontrar las raíces.

Guiarse por el Corán, volver al árabe, y poner todo en el lugar que estaba (atrasado, paralizado) cuando llegaron los altivos colonizadores.

Por eso no es casual que

n

o se ha logrado que el Islam avance desde dentro de sí, como lo ha hecho la cultura occidental, volviéndose paulatinamente más laica

los integristas ataquen al turismo, como se pudo ver no hace mucho en Egipto. No sólo es el deseo de matar la gallina de los huevos de oro de sus gobiernos *vendidos a Occidente*, es —además— matar a los nuevos mensajeros que llevan consigo las costumbres, la corrupción moral y la esencial foraneidad de Occidente.

¿Estoy defendiendo el integrismo? De ninguna manera. Un integrista es —en términos de nuestra cultura— una simbiosis entre un ultraderechista de Le Pen o Blas Piñar, con un cura ultramontano, estilo Lefèvre o Ratzinger.

Es decir gente intolerante

que mezclan política y religión: Un verdadero desastre.

Su demencia llega hasta ajusticiar o perseguir a los traductores del «maldito» Salman Rushdie, autor de los «Versos satánicos», como ha podido verse hace escasas fechas.

Sin embargo está claro que el integrismo es la defensa —brutal, tosca— de una cultura amenazada.

Y claro también que el dilema es terrible: Apostar por una occidentalización, que ha fracasado cultural, social y económicamente. O ir hacia el Corán —ad pedem litte- rae— lo que sí preserva (en fanal de vidrio) la cultura tradicional que dio vida y sentido a esos países, al retornar a un modelo superado y estancado en el siglo XVIII, condena a todos de nuevo al atraso y la cerialidad. Si mala es la occidentalización, malo es el integrismo.

Ha faltado —y ahí tocamos el verdadero drama— la tercera vía. Una clase dirigente y culta, que respetando las esencias del Islam, las hubiese sabido adaptar y mezclar a los progresos de Occidente.

Es decir, lograr que el Islam avance desde dentro de sí, como lo ha hecho la cultura occidental, volviéndose paulatinamente más laica, por cierto.

HIPOCRESIA.— Pero ¿dónde está esa tercera vía? ¿Quiénes la presentan? Probablemente una minoría que estará sufriendo con horror su aporía histórica.

Nuestra postura ante el integrismo creciente en países vecinos es también muy difícil. Debemos comprender que procede en buena medida de nuestra explotación en y de nuestro egoísmo, pero —dicho llanamente— no podemos alabarlos ni tolerarlos.

El integrismo es una ola regresiva, brutal y estulta que pone en entredicho la concepción humanista de la mujer y del hombre. El integrismo es tan abominable como el nazismo o los católicos tridentinos.

¿Vale decir que allá ellos? ¿O consolarsé —como hacen los filológicos del paraíso perdido— diciendo que a esas mujeres no les importa —es lo suyo— llevar *chador* y que son felices con la sumisión al padre, al hermano y al marido; y todos gobernados por la mezquita y sus ulemas?

Ese sería nuestro último broche hipócrita y filológico.

CONTRA LA CONFUSION

PREFASCISMO EN EL PAIS

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

LA situación política se define, en España, por el grado de satisfacción o de malestar que produce en la opinión el reparto de los poderes del Estado entre los partidos políticos. Este criterio «político» conduce a una escala de valores ajenos a la democracia. Lo peor para la oligarquía de partidos era lo de antes: una distribución del poder condicionada por la mayoría absoluta de un solo partido. Lo mejor es lo que se avecina: una mayoría condicionada por el reparto del poder entre el mayor número posible de partidos. Lo dice el jefe del partido que ha perdido la mayoría absoluta. En el Gobierno o en el Parlamento, todos los partidos deben participar en la gobernación para lograr la gobernabilidad del Estado. Lo dicen incluso el jefe de la oposición y el del nacionalismo vasco. Lo típico del fascismo no fue su recurso a la fuerza, sino su ansiosa procuración de un gobierno fuerte mediante la dictadura de una sola opinión. Para llegar a esta unidad de opinión gubernamental, los que no estarán en el gobierno anuncian ya que harán en el Parlamento una crítica «terriblemente constructiva» (Roca). En ningún momento de sus mayorías absolutas ha gozado el partido ministerial de un apoyo parlamentario tan terrible. Es natural. El poder político está hoy tan bien repartido entre los partidos como el sentido común parece estarlo entre los ciudadanos. Todos están encantados con el que tienen. ¿Para qué oponerse insensatamente al partido ministerial?

Si referimos esos apremios de colaboración no a la sociedad gobernante, sino a la sociedad gobernada —la más gobernable de la Comunidad Europea—, el interrogante cambia de naturaleza y de sentido. De naturaleza, porque el riesgo de ingobernabilidad sólo afecta a la sociedad política, al Estado de partidos. De sentido, porque la estabilidad política proviene de la estabilidad social. ¿Para qué unirse en torno a un régimen de poder que tiende, por su naturaleza, a la crisis y la corrupción? ¿Por qué no se cambia de dirección y se busca la gobernabilidad en la sociedad donde se encuentra? Estas cuestiones no tienen eco ante la opinión pública porque, entre el problema que definen y la salida democrática que lo resuelve, se interpone la pantalla posmoderna y prefascista de la transición. El carácter esquizofrénico de la posmodernidad mantiene separadas la cultura política, como culto del Estado, y la cultura mundana, como cultos fragmentados y demagógicos de cada práctica social. Y el prefascismo de la idea gubernamental, que en España cae como lluvia sobre suelo mojado por la irrigación caudillista, se basa en el «derechizquierdismo» que prelude al fascismo, en la síntesis de la derecha y la izquierda en un solo partido.

Tenemos la mala costumbre de achacar a los políticos las malas ideas que otras cabezas conciben y ellos realizan. Pero la peor obra de gobierno, incluida la corrupción, es asunto de niños perversos comparada con la madurez del mal que introduce, en la cultura moral y política de un país, la línea editorial de un medio influyente, cuando la cobertura liberal disfraza su argumento antidemocrático. Veamos, por ejemplo, el diario que ha empapelado de ideología posmoderna la cultura oficial de la transición y que ahora cultiva el prefascismo para la nueva etapa de gobierno. En su editorial «El nuevo Parlamento» (*El País*, 30 de junio), dice: «Para el país sería más nocivo un ejercicio precario de dicha función [la parlamentaria de permitir gobernar a la mayoría electoral] que las carencias de crítica y de control de la acción de gobierno por parte de la oposición». Entre un gobierno sin mayoría parlamentaria (como el de Suárez) y una dictadura parlamentaria (como la que precedió al fascismo y al nazismo), ese diario no tiene dudas. Es fácil de comprender la propensión prefascista del partido ministerial. También lo es, el oportuno colaboracionismo de la oposición y de la mayor parte de las empresas editoras. Pero, sin recurrir al nihilismo moral o político, es difícil de explicar por qué unos escritores y profesionales independientes prestan a *El País* el prestigio intelectual que necesita, para seguir imponiendo la hegemonía cultural de las ideas y de las prácticas oligárquicas.